

COSAS DONOSTIARRAS



El Teatro Principal

Allá por los años 1871-72 construyó el Sr. Oña el Teatro del Circo (hoy residencia de los jesuitas) y desde aquella época se le designó al Principal con los nombres siguientes: Teatro-chikiya, Teatro sarra, Kale nausiko Teatrua, frases que vertidas al castellano nos dan este igual: Teatro chiquito, Teatro viejo, Teatro de la calle Mayor.

En diversas ocasiones nos hemos ocupado en estas páginas del Teatro Principal, sacando del olvido memorias gratísimas que, á no consignarlas, hubieran lastimosamente desaparecido de los anales donostiarras.

Con motivo de las oportunas reformas que hoy se han llevado á cabo en este mismo edificio, vamos á decir algo más, empalmando los renglones de ahora con cuanto digimos anteriormente

En el intervalo de muy poco tiempo se ejecutaron en San Sebastián en aquellos días memorables, tres obras muy importantes: el puente de Santa Catalina (anterior al actual), la Pescadería y el Teatro Principal.

Las tres obras fueron dirigidas por Joaquín Ramón de Echebeste; este inteligente arquitecto falleció á consecuencia de un accidente debajo del puente, obra suya.

Volvamos al objeto.

El teatro anterior estaba situado dentro de las fortificaciones de la plaza, siempre con riesgo de que la autoridad militar pidiese el local para otro destino.

El entusiasta «erriko-seme» Siro Alcain nos dejó una preciosa descripción de aquel teatro de la muralla.

El Ayuntamiento contando con la conformidad de los accionistas de la Pescadería, cediendo éstos una parte de sus rendimientos, se preparó el plan de recursos para costear varias obras, entre ellas el Teatro Principal:

Para su realización, el arquitecto Echebeste tuvo que ceñirse á solar muy limitado é interpuesto además por casa terminada y, como dejamos dicho, contando con un presupuesto mucho más limitado.

Comprimiéndose como se dice, *casi hasta unir los extremos*, Echebeste hizo el milagro, el teatro se hizo, muy bonito por cierto y con ligera ornamentación de buen gusto.

El alumbrado era de aceite y la araña que pendía del florón del centro resultaba de gran elegancia por su espléndido juego de prismas.

El telón estaba bien pintado representando una cortina doble y dibujado con gracia los pliegues; en los bastidores de la embocadura del escenario se reían pintadas, también con acierto, en nichos muy apropiados, la Tragedia y la Comedia: Melpómene y Talía. Esto sucedía los años 1843-44,

Por las tablas del Teatro Principal pasaron durante la segunda mitad del siglo XIX muchísimas figuras eminentes del arte.

Bretón de los Herreros veraneó algunos años en esta población; solía parar en la calle del Puertu: en una de las noches que asistió al Principal vió representar su obra *La batelera de Pasajes*.

En los días que se inauguró el teatro de la calle Mayor se publicaban en San Sebastián dos periódicos, liberales los dos, sus títulos *El Liberal Guipuzcoano*, dirigido por D. José de Urteaga, y *La Crónica de Guipúzcoa*, dirigido por D. Pío de Zuazua.

Si á aquella prensa clásica le hubiera dado por hacer lo que hoy se ha dado en llamar «Ecos de Sociedad», sus notas teatrales serían de este estilo:

«La función del Teatro Nuevo (Principal) del día pasado estuvo muy bien.

La dama joven y el galán se empeñaron en representar mejor que nunca, y el empeño de ambos fué debidamente premiado con mucho aplauso, así como el trabajo de los cómicos y cuerpo de baile.

En las lunetas y en los palcos, vimos las familias principales, mu-

chas con muy buenos vestidos de seda y las damas con mantillas de mucho valor de Alensón.

Allí nos agradó mucho el ver, á las de Salamanca, á las de Erauso, á la familia de Claudio Antón de Luzuriaga, á la de Latasa, á la de Collado, al banquero D. José María Artola, familias de Serres, de Ogarrio, de Echegaray, de Adarraga, de Leizaur de Mendizabal, de Alacha, de Ugartemendia, de Bermingham, de izquierdo, de Rocaverde, de Amilibia, de Brunet, de Burgué, de Soroa, de Arambarri, de Alcain, de Echagüe, de Añorga y á más que en este momento no nos acusa la memoria.

Antes de acabar pedimos mil perdones a las familias citadas por habernos tomado la libertad de escribir sus nombres respetables en esta relación del teatro.

Una dama que estaba en luneta, señora que con justicia tiene fama de hermosa, nos rogó que dirigiéramos á los señores regidores esta súplica: que como las puertas de las localidades con tan estrechas no pueden pasar con facilidad los meriñaques de las señoras y que por este desagrado se sirvan ensanchar dichas entradas. Queda complacida.

Cuando terminó la función era cosa de ver, poi- su efecto fantástico, en la calle Mayor, las servidumbres que, con los faroles de mano, aguardaban á sus señores amos.

En el momento que se cerraban las puertas del teatro y tornabamos caminito de casa, el centinela del cubo imperial daba la voz de ¡¡alerta está!!»

Muchos, muchísimos nombres que formaron aquella bendita vecindad donostiarra se acabaron, se acabaron, los faroles de mano, y los centinelas del cubo, y los cubos y las murallas, pero aún vemos al Teatro Principal en pié, que ni se rinde al peso de su larga y honrosa historia, y que comenzada su vida por el aceite, pasando por el petróleo y el gas, muéstrase de nuevo simpático y elegante con galas recientes, radiante de luz eléctrica, saludando á la actual generación donostiarra: «yo soy el mismo teatro, aquí lucieron tus padres y tus abuelos su juventud que pasó, y en mí hallaron momentos de felicidad inolvidable.

Soy el mismo: el Teatro Principal».

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

